

Documento especial

En el Décimo Aniversario de los mártires de la UCA

A continuación se reproducen las intervenciones de los congresistas Joe Moakley y Jim McGovern, durante el homenaje que la universidad rindió a los mártires, el viernes 12 de noviembre, y la homilía que Mons. Giuseppe Pittau pronunció en la eucaristía del 16 de noviembre.

1. Joe Moakley. Una visión actualizada de El Salvador

Gracias P. Tojeira y P. Cardenal, queridos amigos de la comunidad jesuítica de la UCA, y a todos ustedes, reunidos en esta tarde muy especial. A los familiares que perdieron a sus seres queridos en la terrible tragedia jesuítica de 1989, quiero expresarles esta noche un saludo especial.

Me siento profundamente honrado por la invitación que me hicieron para acompañarlos en este recuerdo de las vidas de nuestros queridos amigos, los padres Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Montes, López, Moreno, López y López, y Elba y Celina Ramos.

Estamos aquí para conmemorar el décimo aniversario de una época terriblemente dolorosa para la historia de El Salvador. Una época que ha cambiado para siempre a este país y al mundo. Para muchos es un tiempo difícil de recordar; sin embargo, es muy importante volver la mirada hacia atrás y ver el sacrificio que hicieron nuestros amigos.

Hoy, diez años después, El Salvador es un país bastante distinto a como era cuando por primera vez visité este campus universitario y observé la evidencia brutal del asesinato de hombres de Dios y de dos mujeres inocentes. Hoy, El Salvador es un país que se está moviendo hacia adelante; es un país con esperanzas y sueños. Por todo eso, todos

tenemos que estar agradecidos a estos valientes sacerdotes jesuitas, que lucharon por la justicia, la paz y la humanidad —una lucha que, al final, exigió también sus propias vidas—.

Cuando visité por primera vez El Salvador, el país estaba enfrascado en una guerra civil. Pero, desde entonces hasta ahora, he visto cómo El Salvador crece y se reconstruye de una manera que muchos no creían posible. En cada una de mis visitas sucesivas, parece que las cosas son un poco más esperanzadoras, que el futuro es un poco más optimista y, por lo que puedo ver, que la mayoría de los cambios han sido para mejorar. Estoy impresionado por el progreso del país así como también lo está la comunidad internacional.

Desde que estuve aquí la última vez, en 1997, ustedes han logrado mucho. Para citar sólo un ejemplo, El Salvador ha tenido otras elecciones libres y abiertas, que son el fundamento de una democracia verdadera. Felicito al presidente Flores por su victoria y le deseo lo mejor en su esfuerzo por construir esta gran nación, garantizando libertad a todos y extendiendo la igualdad a todos los sectores del país.

Esta semana nos hemos reunido para recordar el sacrificio final de los seis sacerdotes jesuitas, su cocinera y su hija. El sacrificio que abrió el camino para el futuro esperanzador de El Salvador. Estoy convencido que fue un acontecimiento doloroso. Un acontecimiento que cambió la vida de todos los que nos encontramos reunidos en este recinto. Un sacrificio que catalizó el cambio, que abrió los ojos al mundo y que puso fin a esa guerra civil tan brutal.

Tal como dije la última vez que estuve aquí y lo repito de nuevo hoy, estoy muy contento de que

haya paz en El Salvador. El hecho de que en la Asamblea Legislativa se luche por iniciativas políticas en lugar de ver soldados combatiendo por las mismas con las armas en la mano, es un gran logro. Estoy seguro de que ustedes han caído en la cuenta de que la paz trae desafíos nuevos. Construir la democracia es tarea ardua. Lo sé porque en Estados Unidos luchamos por hacer bien las cosas y a veces fallamos. Pero cuando funciona, la democracia es el mejor sistema que la humanidad conoce. Una cosa he aprendido en este campo y es que no podemos construir la democracia con sables ni con fusiles. La democracia se construye a través de las instituciones civiles que garantizan las libertades que todos deseamos. La democracia se construye a través del fortalecimiento del sistema judicial que combate la impunidad, a través del sistema electoral abierto, a través de la policía civil y de las instituciones gubernamentales que velan por proteger el medio ambiente y los derechos de todas las personas y de los trabajadores.

Es vitalmente importante recordar el pasado de este proceso de reconstrucción de las instituciones democráticas. Mucho del malestar social experimentado antes de la guerra en el país se originó en la desigualdad entre ricos y pobres. Creo que uno de los grandes desafíos para El Salvador de hoy es extender la prosperidad a todo el país, especialmente a la zona rural. La meta debe ser construir un país donde los salvadoreños puedan tener un buen trabajo, recibir una buena educación, gozar de buena salud y poder poner comida en la mesa todos los días.

La pobreza seguirá erosionando las libertades que todos ustedes tanto anhelan, mientras no se haga algo para superarla. Mientras no se trate el problema de la pobreza, El Salvador experimentará dificultades para llegar a ser una gran democracia y muchos de los conflictos que surgieron antes de la guerra continuarán. En todo el mundo, la pobreza es un problema terrible, que ha destruido muchos países, robando la dignidad de las personas. Por eso, es uno de los desafíos mayores con los que tiene que lidiar el mundo. Un paso efectivo para erradicar esta pobreza terrible es priorizar el sector rural de El Salvador, a través de un plan de desarrollo comprehensivo. Para que la población rural pueda llevar una vida verdaderamente digna, a largo plazo, es necesario darle la oportunidad para que pueda mantenerse.

Sé que El Salvador ha comenzado a trabajar en cuanto a ayudar al pequeño agricultor, distribuyendo tierra a través de un programa de transferencia de tierras. Más aún, me siento contento porque la Asamblea Legislativa aprobó, finalmente, la condonación de la deuda agraria. Los felicito por estas medidas. Ahora bien, es necesario cambiar el enfoque y adoptar una estrategia de largo plazo. Un plan rural nacional es fundamental para transformar este sector en uno plenamente desarrollado. Sé que en este momento se están contemplando muchas ideas, incluyendo programas para aumentar la productividad y viabilidad del pequeño agricultor y las pequeñas cooperativas. Apoyo todas estas medidas.

Ayudar a la comunidad campesina es un paso importante. Pero la otra parte de un plan de desarrollo rural comprehensivo debe incluir la generación de empleo y de productividad no agrícola, en las zonas rurales. No todo el mundo puede ser un campesino. No hay suficiente tierra ni demanda. Pero, reconozcámoslo, sería bueno tener otras opciones. El desarrollo del sector rural a partir de programas que creen industrias nuevas, ayudará a que las comunidades tengan empleo y proveerá de servicios y productos valiosos a El Salvador. Esta es una meta de largo plazo, pero creo que es importante para el futuro.

Sé que el crimen es un problema nacional que les preocupa a todos ustedes. En mi última visita, mi querido amigo Héctor Silva me contó de las dificultades que como alcalde de San Salvador tenía para combatir el crimen. Ojalá tuviera la respuesta para este problema. El crimen es también uno de los problemas más graves de Estados Unidos. Una cosa que en Estados Unidos marcó la diferencia en este campo fue abrir espacios para la participación de la comunidad. En mi ciudad natal de Boston (Massachusetts) se han dado avances importantes en la reducción del número de crímenes violentos, gracias a un plan coordinado que integra a todos los sectores comunitarios, los cuales trabajan al lado de la policía. Los policías están inmersos en la comunidad —en la esquina, en el patio de la escuela y en la comunidad—. Trabajan con la gente de manera directa. La clave es el contacto personal. Todo los miembros de la comunidad conocen a los policías y se sienten a gusto trabajando con ellos. Déjenme decirles, esto funciona. Nuestras calles son ahora más seguras y la violencia ha disminuido.

El año pasado invité a algunos policías salvadoreños a Boston para que aprendiesen de primera mano cómo funciona este modelo. La visita fue buena. Hicieron buenos contactos y aprendieron muchas destrezas, las cuales, espero, puedan utilizar aquí, en El Salvador. Les recomiendo encarecidamente continuar con estos esfuerzos basados en la colaboración. Haré lo que esté a mi alcance para facilitar la realización de proyectos similares, en el futuro.

Quisiera tocar otro tema importante para Estados Unidos y para muchos de los aquí presentes esta noche. Como algunos saben, he estado trabajando para cerrar la Escuela Militar de las Américas, en el fuerte Benning (Georgia), junto con otros colegas míos, en el Congreso. Supe de esta Escuela por primera vez después del asesinato de los jesuitas. Es de todos conocidos el horror y el dolor que experimenté con la muerte de nuestros amigos y, por lo tanto, ya se pueden imaginar mi reacción al saber que diecinueve de los veintiséis militares implicados en el crimen fueron entrenados en territorio estadounidense, en la Escuela Militar de las Américas. Después supe que muchos de los graduados de este centro han participado en numerosas y horribles violaciones a los derechos humanos en Centroamérica y especialmente en El Salvador.

Creo que la política estadounidense sobre la Escuela es errónea y debe cambiar. Estados Unidos debe asumir la responsabilidad por el dolor que ha causado en el pasado y cambiar su política, para asegurar que los errores cometidos en el pasado no se vuelvan a repetir en el futuro. Como algunos saben, la Cámara de Representantes aprobó, por 230 contra 197, una enmienda que presenté para cortar el financiamiento de dicha Escuela, durante el debate sobre la Ley para financiar las operaciones en el exterior. Esta fue la primera victoria de la campaña para cerrar la Escuela Militar de las Américas. Lamentablemente, el senado no incluyó una enmienda parecida y la enmienda desapareció del anteproyecto de ley.

No obstante, nuestra victoria histórica en la Cámara de Representantes transformó el debate. En Estados Unidos, muchos son conscientes del terrible expediente de abuso que tienen los graduados de la Escuela Militar de las Américas y son cada vez más los que piden su cierre. El expediente de dicha Escuela es razón más que suficiente para cerrarla de inmediato. Sin embargo, quisiera responder a quienes aseguran que se ha reformado y que las atrocida-

dades son cosa del pasado. De hecho, los graduados continúan cometiendo abusos terribles. Sé que quienes ahora trabajan y apoyan a la Escuela Militar de las Américas son personas honorables, con buenas intenciones, pero la política está equivocada.

Mirando hacia atrás, vemos que los conflictos que han ocurrido en esta región del globo no han sido entre las naciones, sino que han tenido lugar en el seno de las naciones mismas. Con frecuencia se ha perseguido a quienes luchaban contra la injusticia y la desigualdad en su propia patria. Estados Unidos no necesita tomar parte en el entrenamiento de militares que atacan a su propio pueblo. En vez de estar entrenando ejércitos, debiéramos usar nuestros recursos para construir instituciones democráticas como las que he descrito esta noche. Los países latinoamericanos necesitan apoyo para reforzar su sistema judicial y las fuerzas policiales civiles, para construir sus economías y, sencillamente, no necesitan de nuestra ayuda para reforzar a los militares. Por esta razón, ya es hora de cerrar las puertas de la Escuela Militar de las Américas para siempre, así como de poner fin a ese capítulo doloroso de nuestra historia. Continuaré trabajando para alcanzar esta meta.

Para finalizar, quiero dar las gracias a todos ustedes y al pueblo salvadoreño porque siempre me han recibido con los brazos abiertos. Me siento orgulloso de llamarme amigo de El Salvador. En mi trabajo cotidiano en el Congreso de Estados Unidos continuaré insistiendo en la importancia de El Salvador y de apoyar sus esfuerzos valientes por vivir en democracia. Estados Unidos nunca jamás debe olvidar su participación en los asuntos internos de El Salvador. Ni tampoco a mis queridos seis amigos jesuitas y su fiel colaboradora e hija, cuyas muertes trágicas recordamos esta semana.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento y respeto por su compromiso firme para crear una vida digna para todos los salvadoreños. Sé que allá arriba, en un lugar mejor, ellos nos están escuchando esta noche.

Al mirar hacia atrás, recuerdo cómo el P. Jon Sobrino describía al P. Ellacuría: "Cuanto más llegué a conocerlo, más convencido he quedado que serviste a los pobres de este país y de todo el tercer mundo, y que fue este servicio lo que, en última instancia, dio sentido a tu vida". Como siempre, las palabras de Jon Sobrino son profundas y

sabias. Para mí, ellas iluminan la verdadera historia de los jesuitas aquí, en El Salvador.

De nuevo, amigos míos, es para mí un honor muy grande el poder participar en esta celebración de sus vidas. Su memoria significa mucho para mí y siempre los honraré por su sacrificio.

2. Jim McGovern. La influencia de los jesuitas de la UCA y del pueblo salvadoreño

Me siento honrado de estar aquí esta noche, de estar en compañía de todos los que han hablado, de escuchar las palabras y los recuerdos de los familiares de los mártires y de honrar y recordar las vidas de nuestros amigos: Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López. Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, Elba y Celina Ramos. El congresista Moakley y yo hemos estado muy vinculados al esfuerzo por investigar sus asesinatos. En particular, me siento realmente honrado por haber conocido a estos sacerdotes durante tantos años. Me siento orgulloso por poder llamarlos amigos. Aprendí de sus profundas observaciones, de sus investigaciones y de sus análisis. Reí y canté con ellos. Y sus vidas me han servido de inspiración.

La vida y la muerte de estos amigos y mis propias experiencias en El Salvador me han configurado y han influido en muchas de las cosas que he hecho en el campo de los derechos humanos. Ellos han moldeado la forma como abordo los desafíos de la justicia social, la igualdad y los derechos civiles en mi propio país. Al pensar en los valores e ideales que le quiero inculcar a mi hijo de dieciocho meses, Patrick George McGovern, siempre los tengo presentes.

Creo, desde lo profundo de mi corazón, que Estados Unidos es una gran nación, construida sobre la promoción y la preservación de la libertad, el respeto a los derechos y la dignidad de cada uno de nuestros ciudadanos. Estados Unidos ha luchado para proteger la democracia, ha ayudado a la reconstrucción de los países destrozados por las guerras y ha respondido con generosidad en el caso de los desastres naturales, como el huracán Mitch. Como persona que valora la historia, me siento inspirado por los principios que empapan nuestros documentos fundacionales como nación.

La actuación de mi gobierno durante los largos años de guerra civil en El Salvador, sin embargo, fueron decepcionantes para mí, porque la política

estadounidense no reflejaba los valores y los ideales de la nación. Más bien, esa política estaba más relacionada con nuestra obsesión por la guerra fría que con la búsqueda de la paz y la justicia en El Salvador.

Estados Unidos no causó la guerra en El Salvador, pero nuestras políticas ayudaron a prolongarla, lo cual costó la vida a miles de personas inocentes, incluyendo las de los seis hombres y las dos mujeres en cuyo honor nos hemos reunido esta tarde. Quizás, si hubiésemos utilizado nuestra influencia para impulsar un acuerdo negociado, estos amigos nuestros estuvieran aquí, celebrando con nosotros.

En Estados Unidos, nosotros debemos reconocer este hecho, en particular nuestros dirigentes. La política estadounidense adoleció de una arrogancia que racionalizó, descontó y aun condonó el nivel de violencia en contra del pueblo salvadoreño. Esto mismo hubiese sido intolerable si se hubiese perpetuado en contra de nuestros propios ciudadanos.

Durante años, presidentes, vicepresidentes, senadores y congresistas de Estados Unidos han venido a El Salvador a decirles a ustedes qué cambios debe hacer en su propio país. Ellos y yo los han urgido a hacer cambios institucionales en el aparato militar, policial, judicial y político. Ustedes han hecho muchos cambios y han avanzado mucho en todas estas áreas.

Temo, sin embargo, que en Estados Unidos hay instituciones —en particular el ejército y las agencias de inteligencia— que no han aprendido completamente las lecciones de El Salvador. Hay que reconocer que existen agencias que se han comportado de manera admirable pero, pese a ello, continúan cometiendo los mismos errores. Desgraciadamente Estados Unidos sigue entrenando, equipando y apoyando a los militares represivos alrededor del mundo, en nombre del interés estratégico, sin importarles los abusos a los derechos humanos que cometen.

A finales de agosto estuve en Timor Oriental. Llegué nueve días antes de la consulta histórica sobre la independencia. Estuve un día en el campo con los sacerdotes católicos Hilario Madeira y Francisco Soares, quienes estaban protegiendo en el recinto de su iglesia a más de dos mil personas desplazadas, quienes huían de la violencia de los paramilitares. Cené en casa del obispo Carlos Belo

y lo escuché narrar la escalada de violencia contra la población de Timor Oriental. Entonces, pensé en El Salvador, en el trabajo pastoral de la Iglesia católica, en mis amigos los jesuitas y el trabajo de la UCA. Dos semanas después de mi regreso a Estados Unidos, los padres Hilario y Francisco habían sido asesinados, acribillados en el atrio de la iglesia, donde protegían a sus feligreses de la masacre. Al obispo Belo le quemaron la casa y lo obligaron a salir del país.

Durante los veinticuatro años que duró la ocupación indonesia de Timor Oriental, Estados Unidos envió a los militares de esa nación más de un billón de dólares en armas y les dio más de 500 millones de dólares en ayuda directa y entrenamiento. Reconozco que el gobierno de Clinton rompió las relaciones militares con Indonesia en septiembre; pero debimos haberlo hecho mucho antes. El Pentágono fue el más recio a romper las relaciones con sus colegas militares, en las primeras semanas, las más críticas, en que la violencia devastó a la población de Timor Oriental.

El problema con los militares indonesios, al igual que con los militares salvadoreños de los años ochenta, no es un problema de "algunas manzanas podridas". Es un problema institucional. Y la aproximación de Estados Unidos a la ayuda militar y a la venta de armas es un problema institucional de los militares estadounidenses. Estados Unidos nunca más debiera entrenar y equipar a militares que no pueden distinguir entre civiles y combatientes.

Estados Unidos aún no es parte del tratado internacional que prohíbe las minas antipersonales. Es un tratado que incluso El Salvador ha firmado. Ustedes han visto los estragos causados por las minas. Es la tragedia del niño que pierde su pierna o su brazo y posiblemente también su futuro. Pero, ¿por qué Estados Unidos no ha firmado ese tratado? Porque la cultura institucional del Pentágono se niega a deshacerse de cualquier arma que tenga en su arsenal, no importa lo letal que ésta pueda resultar para civiles inocentes. Esto debe cambiar.

Nuestras instituciones militares deben interesarse más por la vida y la seguridad del ciudadano ordinario y menos por la ventaja estratégica y las relaciones militares. Conozco a muchos buenos hombres y mujeres que prestan servicio en las fuerzas armadas, incluyendo a muchos que prestaron servicio en El Salvador. Es importante que

tanto nuestras instituciones como nuestro personal caiga en la cuenta de que el interés estratégico y nacional de Estados Unidos consiste en el respeto a los derechos humanos y la salvaguarda de las vidas de la gente común.

Y, permítanme ser claro, el Congreso estadounidense debe cumplir su responsabilidad en cuanto a evaluar nuestros programas militares. Con demasiada frecuencia, los miembros del Congreso sencillamente no quieren saber qué es lo que nuestros militares y sus programas hacen en el exterior.

Asimismo, debemos cambiar la cultura del encubrimiento y de la negación, que predomina en nuestras instituciones militares y de inteligencia. He urgido a mi gobierno para que desclasifique todos los documentos que posee relacionados con el caso de las cuatro misioneras estadounidenses, incluyendo el material relacionado con el papel de Estados Unidos en el golpe de Estado ocurrido en Chile y en los acontecimientos posteriores. Los chilenos han esperado más de veintiséis años para que se haga justicia. Las medidas tomadas por el juez Baltasar Garzón han abierto una nueva brecha en el campo de la legislación internacional sobre los derechos humanos, subrayando con claridad que nadie que haya cometido crímenes de lesa humanidad puede evitar las consecuencias de sus acciones, sin importar lo alto del cargo que haya ocupado.

He actuado de esta manera porque no puedo olvidar el pasado. He actuado de esa forma porque quiero asegurar que el futuro sea mejor. Es muy difícil cambiar "las viejas formas", ya sea que se trate de instituciones estadounidenses o salvadoreñas; pero debemos cambiar para proteger las libertades del mañana.

Dado nuestro pasado, creo que Estados Unidos tiene una obligación especial en cuanto a contribuir al desarrollo económico de El Salvador, ayudar al pueblo salvadoreño a alcanzar sus metas y apoyar los derechos de los refugiados salvadoreños que aún viven en territorio estadounidense. Como miembro del Congreso de Estados Unidos, creo que tengo la responsabilidad de luchar por obtener más recursos para apoyar el desarrollo económico de El Salvador, ayudarlo a enfrentar el desafío de la pobreza y la desigualdad, que limita el futuro de tantas familias salvadoreñas, y ayudar al pueblo salvadoreño a conseguir sus sueños y aspiraciones.

Me siento orgulloso de nuestros proyectos actuales en El Salvador. Sé que nuestra embajadora y el director de la Agencia Internacional para el Desarrollo han priorizado el acercamiento al pueblo salvadoreño para promover su participación amplia en la planificación de los proyectos de desarrollo, impulsados por Estados Unidos, y para establecer una relación de colaboración con las comunidades a lo largo y ancho de El Salvador. Los felicito por tan buen trabajo.

Como ciudadano estadounidense, deseo que mi país sea, en palabras de mi buen amigo y mentor Joe Moakley, "un testimonio en el mundo de lo que es justo y noble en el quehacer humano".

Hace más de diez años, los jesuitas de la UCA me enseñaron que una vida comprometida con la justicia, la defensa de los derechos humanos y la búsqueda de la verdad es una vida llena de significado y sentido. Espero emularlos. Y, si lo consigo, será gracias a mi larga vinculación con los jesuitas de la UCA y con el pueblo salvadoreño. Por todo esto, les estoy agradecido a todos ustedes, a ustedes que se encuentran reunidos aquí esta noche y a aquellos que nos acompañan en espíritu todos los días. En verdad, ustedes están "presentes" en mi vida.

3. Los santos mártires del Paraguay y los jesuitas testigos de la UCA. Homilía de Mons. Giuseppe Pittau, S.J., 16 de noviembre de 1999

Estamos reunidos aquí para celebrar los tres mártires del Paraguay: S. Roque González de Santa Cruz, S. Alfonso Rodríguez y S. Juan de Castillo y también para conmemorar el décimo aniversario de la muerte de los seis jesuitas de la UCA y de dos colaboradoras laicas. No obstante la distancia del lugar y del tiempo, los mártires del Paraguay y los testigos de El Salvador se unen en la vida y en la muerte por un único deseo y por un único ideal: llevar la salvación total e integral a los pueblos que servían, los indios del Paraguay y los pobres de El Salvador, salvación y libertad del pecado, de la ignorancia, de la injusticia y de la opresión.

S. Roque González entregó su vida en la búsqueda de los indios, esforzándose por llevarles a las Reducciones, instruyéndoles y sistematizándoles en pequeños poblados. En estos trabajos sufrió muchas tribulaciones, hambre y privaciones de

toda clase, incluso en el vestido. El P. Roque fue el verdadero organizador y constructor del pueblo de S. Ignacio, no solamente procurándoles habitación, sino también trabajo y educación; además se esforzaba por "construir a Dios Nuestro Señor templos no hechos con manos sino espirituales como son las almas de estos indígenas". S. Roque, S. Alfonso y S. Juan bautizaban y construían, predicaban y organizaban socialmente al pueblo. Bajo todos los aspectos luchaban por liberar a los indios del pecado y de la ignorancia, de la injusticia y de la opresión. Esta lucha los obliga a hacer frente a dos categorías de opresores que intentaban tener en esclavitud a los indios: los hechiceros y los "encomenderos".

Los encomenderos en varias ocasiones habían pretendido que los jesuitas, desde los primeros tiempos de las misiones entre los Guaraníes, fuesen expulsados. S. Roque escribió una famosa carta. "No es de ayer sino hace ya mucho tiempo que estos señores encomenderos y soldados elevan protestas contra la Compañía de Jesús porque defienden a los indios y el derecho que tienen de ser libres". Los jesuitas "vivían muriendo" para dar la vida, una vida libre, a los indios.

El 15 de noviembre de 1628, el P. Roque, apenas terminaba la Santa Misa, salió de la Iglesia para colocar una campana nueva sobre un mástil que el P. Rodríguez había transportado del monte con muchos indios. Se inclinó para fijar el badajo y en esta posición un indio instigado por un hechicero le dio tal golpe con un hacha de piedra que lo mató al instante. Agredieron también al P. Alfonso que se preparaba a decir la Misa y le destrozaron el cráneo con grandes golpes. Entrambos cuerpos, despedazados, fueron quemados.

El P. Juan del Castillo, que se encontraba en un pueblecito vecino, fue capturado y asesinado con torturas terribles, el 17 de noviembre.

Estos mártires constituyen la expresión de un servicio a Dios y a los hombres, de una evangelización profunda que incluía la predicación de la palabra de Dios y la administración de los sacramentos y llevaba consigo, para los indios, una nueva organización social y una auténtica liberación de toda clase de opresión.

Después de haber recordado a los mártires del Paraguay, quisiera ahora recordar a nuestros hermanos con dos frases de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar. La primera tomada de la

lectura de S. Pablo y la segunda del Evangelio de S. Juan.

La frase de S. Pablo, referida a la vida de los cristianos, es la siguiente: "Brillan como lumbreras en el mundo mostrando una razón para vivir" (Fil 2, 15.16). En nuestro mundo de hoy no es el sentido de la vida y el entusiasmo lo más característico. Más bien nuestro tiempo pareciera caracterizarse por la insatisfacción que empuja a apurar el momento presente para después de apurado sentir incluso mayor insatisfacción. De ahí el escapismo de la realidad, el goce egoísta que no permite que los demás participen, el ansia del dinero rápido y fácil, el abandono de toda dignidad ética y moral.

En cambio, la imagen que tiene S. Pablo del cristiano es muy distinta. Los cristianos son personas tan auténticas por una parte y tan llenas de satisfacción por otra, que llaman la atención y atraen las miradas y admiraciones. La satisfacción y el sentido hondo de la vida no se pueden forzar. Brotan del corazón como algo espontáneo, fruto de una vida de fe y de servicio a los demás. Uno está tan lleno de sentido que le rebasa y puede comunicarlo y participarlo a los otros.

Así recordamos hoy, en esta eucaristía del décimo aniversario, a nuestros hermanos que brillan ante nuestros ojos como antorchas ante un mundo egoísta, violento y carente de dignidad ética y moral. No tuvieron una vida fácil, tranquila ni cómoda, pero ciertamente tuvieron una vida llena. Estaban profundamente llenos de sentido con lo que hacían y por ello estaban dispuestos a dar la vida.

¿Cuál era ese sentido que dinamizaba sus vidas y las llenaba de satisfacción en medio de dificultades y trabajos? El sueño de ayudar a construir en El Salvador un mundo de hermanos. El sueño de un Salvador y un mundo justo, libre, fraterno, en paz, como debería ser el mundo de acuerdo a los valores del Evangelio, al sueño de Jesús del Reino que ya comienza aquí.

Y han resultado para todos nosotros paradigmáticos. Ya en 1995, cuando se reunieron los jesuitas de todo el mundo en Roma en su máxima asamblea y quisieron hablar a todas las universidades preguntándose si era posible que "instituciones tan grandes y complejas se conformaran con la justicia que Dios mismo anhela y hace posible", los jesuitas reunidos de todo el mundo encontraron la respuesta recordando a nuestros hermanos y afirmando: "esta tarea es posible . Cuenta con mártires

que han testimoniado que una institución superior de enseñanza e investigación puede convertirse en instrumento de justicia en nombre del Evangelio" (CG34,D.17,8).

Esa fue la razón de sus vidas: el ideal de transmitir al país la pasión por un mundo justo, más de acuerdo con los planes de Dios. Por eso brillan como lumbreras ante nosotros y nos muestran una razón para vivir que puede llenar nuestras vidas. Por su ejemplo y testimonio debemos dar gracias a Dios en esta eucaristía.

Y quisiera en este emocionado recuerdo de nuestros hermanos y hermanas —porque no queremos olvidarnos de Celina y de Elba— fijarme también en un rasgo de su muerte que me ha impresionado siempre y que no se suele resaltar, porque pareciera no típico de ellos: su profundo sentido de comunidad. Un sentido de comunidad que en el último término fue, si no la causa, si la ocasión de su muerte.

Así como el Evangelio que hemos escuchado está dirigido no a los discípulos por separado sino como comunidad que acaba de participar la última cena con su Señor, así quisiera recordar ahora a nuestros hermanos no por separado como grandes personalidades que eran cada uno de ellos, sino como comunidad que en el momento difícil decidió estar unida: si el mundo les odia a ustedes sepan que antes que a ustedes me ha odiado a mí. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán (Jn.15,18.20). Jesús se dirigía no a Pedro, o Juan, o Santiago, sino a la comunidad de sus discípulos.

Ustedes saben que durante la ofensiva del FMLN, el 11 de noviembre, en San Salvador, Ignacio Ellacuría estaba en Europa dando conferencias y buscando financiación en Alemania, recibiendo en Barcelona el Premio Alfonso Comín otorgado a la UCA por su decidida opción por los pobres, asistiendo en Madrid a la inauguración de la Fundación Javier Zubiri, y en Salamanca en la reunión de Rectores de Universidades Iberoamericanas donde acababa de ser nombrado Presidente del Consejo Superior de las Universidades Iberoamericanas de Postgrados. El tenía que volver a San Salvador el día 13. Varias personas le dijeron que no debía volver en esa situación de guerra. Que mejor esperara. Incluso desde San Salvador se intentó detenerle en Miami, pero no se le pudo localizar.

Pero, ¿cómo podía estar Ignacio Ellacuría fuera de El Salvador en ese momento de sufrimiento

del pueblo y sabiendo que podía ayudar a la negociación y a la paz? ¿Cómo iba a estar tranquilo lejos de su comunidad, que estaba viviendo días tan tensos? Y volvió para estar con su pueblo y para estar en su comunidad.

Y a su vez también su comunidad se quedó en la casa para estar con Ignacio Ellacuría, que juzgaba que no se debería salir de la casa a esconderse pues no habían hecho nada malo y no tenían por qué ocultarse. ¿Cómo Segundo Montes, Nacho Martín, Amando López, Joaquín López y Juan Ramón Moreno iban a dejar a Ellacuría solo en esos días de peligro y amenazas? ¿Cómo iba a quedarse Ellacuría en España tranquilo estando su gente en una situación de guerra?

Así, por su sentido de solidaridad y comunidad, quedaron a merced de sus asesinos, y así, habiendo sido durante años difíciles una comunidad en el deporte, en el trabajo y en el apasionado estudio de un futuro mejor para El Salvador, fueron también comunidad en los momentos de angustia y hasta en la misma muerte.

Tengo que confesarles que en personas más bien austeras y hasta secas, que incluso a no pocos

les daba la impresión de distantes y ocupados, siempre me ha admirado este hondo sentido comunitario que los hizo participar juntos; primero durante años la persecución y finalmente la misma suerte, ya anunciada por Jesús a los que luchan por la justicia.

Pidamos en esta Eucaristía que nos conceda el Señor la gracia de tener un profundo sentido de comunidad, por el que a pesar de las dificultades y roces de la vida de cada día, nos sea posible realizar una misión común en el trabajo diario, y de superar los momentos de dificultad y hasta la misma muerte.

Por eso ya no podemos separar a Ignacio Ellacuría de sus compañeros de comunidad: Nacho, Segundo, Lolo, Juan Ramón y Amando, su comunidad jesuítica. Ni tampoco lo podemos separar del pueblo salvadoreño, de Celina y Elba, representantes de ese pueblo por el que quisieron trabajar y morir nuestros hermanos. ¡Cómo no vamos a celebrar la eucaristía de este décimo aniversario con cariño y esperanza! ¡Cómo no vamos, también nosotros en la eucaristía, a formar con ellos esa gran comunidad de los que en Cristo quieren dedicar sus vidas a la empresa del Reinado de Dios!